

MARTÍN M. BUCETA

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR
UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SAN MARTÍN

EL PODER DE LA PALABRA

tinbuceta@hotmail.com

Recepción: Julio 2013
Aceptación: Octubre 2013

RESUMEN

La palabra se presenta para Merleau-Ponty como el vehículo de las vivencias corporales hacia la expresión. En ella reside un poder oculto que permite decir el mundo. Mediante una “secreta torsión” de las significaciones adquiridas es posible instituir una nueva significación. El presente artículo buscará exhibir dicho poder misterioso del lenguaje que se hace manifiesto en una expresión creadora en la que aparece un excedente de lo que se va a decir sobre lo dicho. Ese excedente es la esencia en estado viviente. Para manifestar el fenómeno milagroso del lenguaje nos serviremos de la obra de Proust: *À la recherche du temps perdu*.

PALABRAS CLAVE

Palabra. Poder. Institución. Ideas sensibles. Merleau-Ponty. Proust.

RESUMO

A palavra se apresenta para Merleau-Ponty como o veículo das vivências corporais para a expressão. Nela reside um poder oculto que permite dizer o mundo. Através de uma “torção secreta” das significações adquiridas é possível instituir uma nova significação. Neste artigo se buscará exibir esse poder misterioso da língua que se torna manifesto em uma expressão criadora onde aparece um excedente do que se vai dizer sobre o que se disse. Esse excedente é a essência em estado vivente. Para manifestar o fenômeno milagroso da língua usaremos a obra de Proust: *À la recherche du temps perdu*.

PALABRAS-CHAVE

Palavra. Poder. Instituição. Idéias sensíveis. Merleau-Ponty. Proust.

“El poder del lenguaje (...) consigue ordenar las pretendidas palabras claves, haciéndolas decir más de lo que nunca dijeron, en la medida en que se sobrepasa como producto del pasado y nos da así la ilusión de sobrepasar cualquier palabra y de alcanzar las cosas mismas.”

M. Merleau-Ponty
La prose du monde

INTRODUCCIÓN

Maurice Merleau-Ponty comienza la escritura del capítulo dedicado al lenguaje en su reconocida obra *Fenomenología de la percepción*, expresando su manifiesta convicción de que se reconoce en el cuerpo “una intencionalidad y un poder de significación”.¹ Existe en el sujeto una unidad que quiere decir el mundo y que tiene la facultad de hacerlo. Dicha unidad, que funcionará como el vehículo de las vivencias corporales hacia la expresión, es la *palabra*. Este concepto es central en la fenomenología merleau-pontiana y será objeto de estudio del presente trabajo.

El lenguaje es, en la obra del fenomenólogo francés, uno de los temas más recurrentes, no solo por el reconocimiento de su relevancia, sino también por el misterio que esconde. Lo que este artículo buscará presentar no es otra cosa que la aparición de dicho misterio, es decir, intentaremos manifestar, por medio de distintos ejemplos, la idea en que abreva nuestra motivación principal: el milagroso poder de la palabra. Esta idea puede formularse en los siguientes términos: existe cierta disposición de las palabras adquiridas, de las palabras ya conocidas, manipuladas, aquellos signos que parecen ya cerrados, que van reenviándonos hacia un sentido que se entreteje sigilosamente en la oscuridad, hacia el sentido que se construye en el entramado que las significaciones van trenzando y en el que se dibuja algo que aún no se había dicho. En esto reside el misterio del lenguaje, su acto milagroso: a partir de lo adquirido, de lo conocido, nos lanza a lo desconocido, a lo nuevo.

¿Cómo elucidar tamaño misterio? Eso no es posible y, si lo fuera, tal acontecimiento no podría ser llamado misterio, ya que la esencia de lo misterioso reside en la imposibilidad de ser abarcado completamente. Esto deslinda el objetivo central de nuestro escrito: limitarnos a señalar el acaecer de dicho fenómeno saturado,² del misterio de la expresión, aquel en el que encontramos más de lo que hemos puesto allí, donde la sumatoria de las partes no equivale al todo. Empezaremos entonces la tarea de hacer

aparecer el poder de la palabra, de mostrar cómo y dónde se manifiesta ese lenguaje que tiene la facultad de decir más, de exceder sus propios límites para instituir nuevas significaciones.

1. LA PALABRA TIENE UN SENTIDO

La tesis central de Merleau-Ponty es presentada de manera simple y clara, él afirma que: “*La palabra tiene un sentido*”.³ Esta frase aparece como corolario del razonamiento que desarrolla para demostrar el error en que incurren tanto la interpretación empirista del lenguaje como la intelectualista. Ambas corrientes deslizan el sentido de las palabras o bien al pensamiento (intelectualismo) o bien a las imágenes verbales (empirismo). El problema de estas interpretaciones reside en que, tanto en una como en la otra, la palabra no tiene significación. En la corriente empirista la evocación de la palabra es fruto de un juego de causalidades objetivas que responden a estímulos o “estados de conciencia” dados; en la visión intelectualista, la palabra no es más que el signo exterior de un pensamiento, que es donde residiría finalmente el sentido.⁴ Sobre estas lecturas del fenómeno de la expresión el filósofo francés intentará construir una interpretación superadora, que tiene como objetivo fundamentar que: “el sentido de las palabras sea, finalmente, inducido por las palabras mismas”.⁵

Si admitimos esto, entonces podemos comprender cómo el otro puede decirme algo *nuevo*. Si la palabra es portadora de sentido, entonces el lenguaje no es jamás el simple vestido de un pensamiento que se poseería a sí mismo con toda claridad.⁶ “La palabra no es «signo» del pensamiento, si con ello se entiende un fenómeno que anuncia otro, como el humo anuncia el fuego. La palabra y el pensamiento no soportan esta relación exterior... en realidad están envueltos uno en otro, el sentido está apresado en la palabra y la palabra es la existencia exterior del sentido”.⁷ El fenómeno de la comunicación sería ilusorio si las palabras fueran sólo el signo del pensamiento, ya que en las palabras del otro yo sólo podría escuchar mis propios pensamientos y nunca nada nuevo. En conclusión, la conciencia sólo podría encontrar en las palabras del otro lo que de antemano haya puesto allí.

Para que la comunicación sea posible es menester que comprenda las palabras del otro, su vocabulario y su sintaxis deben ser para mí algo ya conocido. Sin embargo, esto no implica que las palabras actúen en mí provocando “representaciones” que se les asociarían, y cuya asociación terminaría reproduciendo en mí las “representaciones” originarias de quien

habla. Cuando me comunico, no lo hago con “representaciones”, sino que me comunico con un sujeto que habla, con un cierto estilo de ser y con el mundo a que apuntan sus gestos lingüísticos.⁸

Merleau-Ponty propone, entonces, una posibilidad que daría explicación al fenómeno enriquecedor de la comunicación y que permitiría explicar cómo el otro puede decirme algo que yo no sabía o conocía. *La palabra tiene un sentido*, es portadora del mismo, ostenta el poder de hacernos comprender algo que se encuentra *más allá* de lo que pensamos espontáneamente. Todo lenguaje transporta su sentido al espíritu del auditor, instaura en él algo que no estaba allí, segrega en este una nueva significación, transporta un pensamiento. Esta idea se comprende más fácilmente cuando entendemos que es posible descubrir “bajo la significación conceptual de las palabras una significación existencial que no sólo traducen, sino que las habita y les es inseparable”.⁹ Las palabras no son sencillamente el instrumento para construir un memorándum, sino que ellas hacen existir la significación como cosa en el corazón mismo del texto, la hacen vivir en ese organismo que es el lenguaje.

2. EL LENGUAJE CONQUISTADOR

La virtud del lenguaje reside precisamente en cumplir a la perfección su tarea más esencial: arrojarnos sobre lo que significa. Su objetivo consiste en hacerse olvidar en la medida en que logra expresar, “su triunfo está en borrarse y darnos acceso, por encima de los vocablos, al pensamiento mismo del autor”.¹⁰ Así como un gesto que señala un sector de la realidad, una parte del mundo, el lenguaje busca hacer aparecer ante nosotros aquello que el sujeto quiere decir, que no es otra cosa que sus vivencias. Este es el sentido de la afirmación merleaupontiana: “La palabra es un gesto y su significación un mundo”.¹¹

La palabra interpretada como gesto nos posiciona de una manera distinta frente al problema del lenguaje. Que la palabra sea un gesto implica que entrañe su sentido así como el gesto entraña el suyo, pero, además, que ésta sea entendida de la misma manera que los gestos. El sentido de los gestos nos es dado, este es resumido por el espectador frente al que aparece señalándole determinados puntos sensibles del mundo al que le invita a unirse. El gesto lingüístico esboza su propio sentido, las palabras, las vocales, los fonemas son otras tantas maneras de cantar el mundo destinadas a representar los objetos, ya que extraen de ellos y expresan su esencia

emocional.¹² Las palabras funcionarían entonces como gestos que entrañan un sentido instituido y que nos invitan a unirnos a determinados puntos del mundo.

La palabra se diferencia del resto de los modos expresión porque es capaz de sedimentar un sentido. “La sedimentación es el proceso histórico por el cual los sistemas significantes se reestructuran y dan lugar a configuraciones nuevas”.¹³ El gesto tiene una historia que se constituye a partir de una dinámica temporal que implica una institución, una sedimentación, y una reactivación del sentido ya instituido en pos de una nueva institución. Mauro Carbone explicita esta particularidad de la siguiente manera:

“El lenguaje conserva con el tiempo una relación particular que le dona el poder de sedimentar los actos expresivos anteriores, poder que constituye su privilegio en relación a las otras formas de expresión, en tanto que este le permite instalar como adquisiciones intersubjetivas eso que lleva a la manifestación”.¹⁴

El lenguaje tiene la capacidad de sedimentar en los signos los sentidos otorgados por los sujetos hablantes y, luego, estas sedimentaciones permanecen como adquisiciones intersubjetivas disponibles para la comunidad hablante como significaciones adquiridas en las que se mantiene latente la posibilidad de señalar, mediante una reestructuración, un nuevo sector del mundo que aún permanecía mudo. A partir de las significaciones instituidas pueden instituirse otras nuevas. El lenguaje está en constante recreación. Para explicar el modo de operar del lenguaje, Merleau-Ponty establece una distinción:

“Digamos que hay dos lenguajes: el lenguaje adquirido, de que disponemos, y que desaparece ante el sentido en cuyo portador se ha convertido —y el lenguaje que se hace en el momento de la expresión, y que va justamente a hacerme deslizar desde los signos al sentido—; el lenguaje hablado y el lenguaje hablante”.¹⁵

Comprender esta diferenciación establecida por Merleau-Ponty es primordial para advertir la dinámica del lenguaje. Existen, entonces, dos regiones del lenguaje, el lenguaje hablado y el lenguaje hablante. El primero es aquel que contiene las significaciones ya adquiridas, significaciones cerradas que manipulamos de manera constante y natural. El segundo es aquel lenguaje que va a hacerme deslizar desde los signos al sentido, es el

lenguaje que, mediante un arreglo o *desviación* de los signos y significaciones ya disponibles, viene a segregar una nueva significación.

El lenguaje hablante u operante es en el que va a habitar el poder de la palabra, aunque, paradójicamente, este poderío sólo es posible por la existencia del lenguaje adquirido. A partir de las significaciones conocidas, instituidas, el lenguaje realiza una “torsión secreta” en la que “las significaciones disponibles se anudan súbitamente según una ley desconocida, y de una vez por todas, un nuevo ser cultural ha empezado a existir”.¹⁶ El lenguaje hablante se sirve de las significaciones adquiridas y opera con ellas para que, mediante una redistribución de estas, una determinada disposición y ordenamiento en el relato, segreguen una nueva significación, produzcan un *excedente*, una significación superadora que se erige como una nueva institución a partir de las significaciones adquiridas.

Esta superación (*dépassement*) se opera a partir de las significaciones conquistadas hacia la nueva significación. El todo organizado dice más que las partes, cierta disposición de los gestos lingüísticos nos reenvía hacia un sentido que aún no conocíamos. El misterioso poder del lenguaje reside en esta nueva disposición de las palabras ya conocidas en las que se nos señala una nueva palabra. Dicho poder:

“aparece cuando el lenguaje constituido, súbitamente descentrado y privado de su equilibrio, se ordena de nuevo para enseñar al lector —y hasta al autor—, lo que no sabía pensar ni decir. El lenguaje, nos lleva a las cosas mismas en la exacta medida en que, antes de *tener* una significación, *es* significación”.¹⁷

Esta potencia del lenguaje radica en que *es* significación. La palabra, comprendida en su naturaleza de gesto lingüístico, entraña en sí misma un sentido y, mediante el juego azarosamente dirigido de sus significaciones, instituye una nueva significación, señala una parte de nuestro mundo que hasta ahora había pasado inadvertida, un sector de nuestro entorno impensado, innominado. El lenguaje conquistador es aquel lenguaje que avanza conquistando regiones del mundo del sujeto que permanecían sin palabra. Las palabras del autor lo dirigen hacia un sentido que aún no sabía pensar ni decir, la disposición cuidadosa, en la que se reutilizan las significaciones adquiridas, permite al autor decir algo que no se había dicho aún, usurpar un territorio foráneo.

3. LA EXPRESIÓN CREADORA

Establecidas ya las dos regiones del lenguaje es preciso centrarnos ahora en la más relevante para nuestro trabajo: el lenguaje hablante. Este tipo de lenguaje es aquel que se caracterizará esencialmente por su tarea creadora. Podemos distinguir en el lenguaje un uso empírico y un uso creador: el primero es el que se asocia con la utilización de un lenguaje que señala directamente un determinado punto del mundo (lenguaje hablado), el segundo uso es aquel que significará de manera lateral, oblicua, indirecta.¹⁸ Para Merleau-Ponty es el lenguaje creador el ser que dará vida a la expresión creadora, expresión que no es otra cosa que “una operación del lenguaje sobre el lenguaje que de repente se descentra hacia su sentido”.¹⁹

La expresión adquirida es aquella que corresponde punto por punto a giros, formas y palabras instituidas, donde no existen los silencios ni las lagunas, donde cada palabra tiene una y sólo una significación. Pero, cuando Merleau-Ponty nos habla de un descentramiento del lenguaje hacia un sentido, lo que busca describir es la expresión creadora, aquella en la que se da la mutua influencia de unas palabras sobre otras, de tal manera que en ese tumulto evocan un sentido mucho más imperiosamente que si cada una de ellas fuera portadora de un lánguido significado del que ya estaría cargada. La reunión de los gestos lingüísticos provistos de sentido lo que busca es un desvío (*écart*) del lenguaje hacia la institución de una nueva significación que, posteriormente, pasará del lado de las significaciones instituidas. Por ello podemos afirmar que “el lenguaje dice (...) cuando renuncia a decir la cosa misma”²⁰, cuando no busca atrapar una realidad, sino manifestarla rodeándola, de manera indirecta. La “secreta torsión” del lenguaje involucraría una *deformación coherente* de las formaciones ya existentes hacia una nueva formación en vías de instituirse.

La expresión busca traducir el “libro interior” de la experiencia. Ahora bien, esta traducción no es la expresión de algo ya escrito, sino que es más bien una creación. La lectura del “libro interior” de la experiencia es interpretada ella misma como acto creador. No existe para Merleau-Ponty mejor ejemplo de esta traducción creadora que la novela de Marcel Proust *À la recherche du temps perdu*, en ella encontramos que “hablar o escribir es *traducir* una experiencia que sólo se convierte texto por el habla que suscita”.²¹ Cuando leo el libro interior de mi experiencia no hago más que traducir las palabras que esta engendra, y esto es posible porque la carne (*chair*) del lenguaje se monta (*empiète*) sobre la carne del mundo.

La creatividad de la expresión radica en el *excedente* de lo que quiero decir sobre lo que es o lo que ha sido dicho.²² “Yo expreso cuando, utilizando todos esos instrumentos ya parlantes [palabras adquiridas], les hago decir algo que no han dicho nunca”.²³ Existe un excedente, un saldo superior, a partir de las palabras adquiridas y su disposición, se retuerce creativamente el lenguaje y se desvía para dar a luz a una nueva significación, para decir algo *nuevo*. La sumatoria de las partes (palabras adquiridas) no equivale al todo (nueva significación).

4. EL PODER DE LA PALABRA

En la última parte del artículo queremos centrarnos en lo esencial de nuestro trabajo: el poder de la palabra. Luego de haber explicitado el *cómo* dice el lenguaje es menester que nos ocupemos del *qué*, es decir, el tema del lenguaje. Merleau-Ponty afirma que “las significaciones de la palabra son siempre ideas”.²⁴ Es en este punto donde es preciso hacer referencia a las “ideas sensibles” de las que nos hablan tanto Merleau-Ponty como Proust.

Las ideas sensibles vienen a perfilarse como el tema principal de la expresión. Dichas ideas son del orden prereflexivo, preobjetivo, y pertenecen, en principio, al ámbito mudo de la existencia del sujeto. Las ideas sensibles son ideas que están “incrustadas en el cuerpo”, son ideas de la carne (*chair*), ideas no conceptualizables o ideas sin concepto que están recubiertas por un velo que no debe ser quitado. Dicho velo es lo que las hace irradiar, de la misma manera que la esencia del amor irradia en la “pequeña frase” de la *Sonata* de Vienteuil, igual que lo invisible viene a perfilarse en lo visible. En *Lo visible y lo invisible* Merleau-Ponty señala que “la esencia en estado viviente (*vivent*) y activo es siempre cierto punto de fuga señalado por la disposición de las palabras”.²⁵ La esencia se expresa por medio del ordenamiento de los signos, de las palabras, que son gestos que señalan un lugar del mundo, son palabras “conquistadoras”, palabras que *dicen* las cosas mismas.

Esto nos habilita para discernir en el lenguaje el *excedente* de lo que se va a decir sobre lo dicho, porque ese *excedente* es la esencia de las cosas, la verdad del mundo vivido. Esta tarea será emprendida con la convicción de que la literatura es la exploración de un invisible, es develamiento de un universo de ideas.²⁶ Para buscar esta literatura que revela un universo de ideas sensibles recurrimos a Proust ya que, según Merleau-Ponty, “nadie ha superado a Proust en la instauración de las relaciones entre lo visible y lo

invisible, en la descripción de una idea que no es lo contrario de lo sensible, que es su doblez y profundidad”.²⁷ Los textos del literato francés son la clave para vislumbrar esas esencias en estado naciente, la escritura literaria es una palabra que expresa la relación preobjetiva que establecemos con el mundo, es la palabra que revela las ideas sensibles, aquellas ideas de orden prereflexivo que no son otra cosa que las esencias en estado viviente.

Este poder del lenguaje reside en que “las palabras, en lugar de limitarse a revestir y vehiculizar significaciones preestablecidas, están animadas por una vitalidad autónoma”.²⁸ Vitalidad instituida por un proceso de sedimentación en el que, a partir de la reestructuración de las significaciones adquiridas, aparece una nueva significación, por lo cual el lenguaje literario manifiesta una idea sensible, una parte del mundo. Dicha epifanía tiene como vehículo la literatura, vehículo medio ambiguo ya que, por un lado, es como la música o la pintura, “palabra de vida”, adoptada no conscientemente por el escritor, y, por el otro, a diferencia de estas, la palabra literaria se encuentra relativamente libre de un contexto, por ello puede hacer existir un universo para el lector.²⁹

La tarea final de nuestro trabajo implicará entonces limitarnos a señalar algunos fragmentos de la obra *À la recherche du temps perdu* de Proust para descubrir allí el fenómeno operado por el lenguaje literario en el que “se trata de producir un sistema de signos que restituye por su arreglo interno el paisaje de una experiencia”.³⁰ Experiencia que evoca palabras en que se manifiestan las esencias en estado viviente y activo como puntos de fuga señalados por medio del ordenamiento de los signos.

Lo que buscaremos hacer aparecer en los fragmentos es el pasaje de la experiencia hacia la expresión de la idea sensible, idea que solo puede ser articulada por un lenguaje, dicho pasaje “implica una *metamorfosis* de la carne de lo sensible en la carne del lenguaje”.³¹ Esta “metamorfosis” es el hecho por medio del cual aparece en nosotros la idealidad. El mismo Proust advierte este pasaje cuando, frente a los campanarios de Martinville queda atónito y dice:

“Pronto sus líneas, y sus soleadas superficies, como si hubieran sido una especie de corteza, se desgarraron, algo de lo que dentro de ellas se me ocultaba surgió ante mí, tuve un pensamiento que un momento antes no existía y que se articuló en palabras en mi cabeza”.³²

Esta idea nacida de la experiencia de la visión del campanario de Martinville, idea que se articula en palabras evocadas por la experiencia

misma, son el tipo de idea que aparecerán a lo largo de la *Recherche*, y son aquellas que buscamos mostrar. Ideas sensibles, esencias del mundo en estado viviente.

Comencemos por un pasaje poco conocido de la *Recherche* en donde encontramos una breve descripción del padre de un amigo de Proust. M. Bloch padre es un hombre egocéntrico que constantemente da a entender que es un conocedor del mundo y de los personajes más importantes de la sociedad. En verdad no lo es, es un pobre hombre que se cree las mentiras que se cuenta a sí mismo. Para explicar esto, Proust podría haberse limitado a llamarlo egocéntrico o, tal vez, mitómano, sin embargo el autor nos señala en un párrafo quién es M. Bloch, y su expresión supera el significado de las palabras para arrojarnos sobre una realidad que las excede: la verdadera esencia de este hombre.

“Vivía en el mundo del poco más o menos, donde se saluda en el vacío, donde se juzga en falso. En ese mundo, la inexactitud y la incompetencia no menguan la seguridad, al contrario. Gracias al benéfico milagro del amor propio, y dado que son pocas las personas que pueden tener amistades brillantes y conocimientos sólidos, cuantos carecen de ellos se creen incluso los más privilegiados porque la óptica de las escales sociales hace que cualquier rango parezca el mejor a quien lo ocupa y que ve menos favorecidos que él, desafortunados y dignos de lástima, a los más grandes, a los que nombra y calumnia sin conocerlos, y juzga y desprecia sin comprenderlos. Y en los casos en que la multiplicación de los débiles meritos personales realizada por el amor propio no bastaría para asegurar a cada uno la dosis de felicidad, superior a la concedida a los otros, que le resulta necesaria, ahí está la envidia para colmar la diferencia. Verdad es que, cuando la envidia se expresa en frases desdeñosas, hay que traducir: «No quiero conocerle» por «no puedo conocerle». Éste es el sentido intelectual. Pero el sentido pasional es de hecho: «No quiero conocerle». Se sabe que no es cierto, pero no se dice sin embargo por el simple artificio, se dice porque se siente así, y ello basta para suprimir la distancia, es decir para la felicidad.

...el egocentrismo permite a cada ser humano ver el universo tendido a sus pies y a uno mismo como su rey”.³³

¿Qué más puede uno agregar a este párrafo? La pregunta que podemos hacernos para descubrir la exactitud con que Proust elabora este fragmento para señalarnos la esencia de este personaje, esa cualidad de ser un egocéntrico, mitómano, es: ¿quién no reconoce un M. Bloch padre en su entorno? El novelista francés sabe valerse del lenguaje, de sus significaciones cargadas de sentido para señalar una parte del mundo de

manera tan certera, que hoy sus palabras le caben a individuos que nos rodean.

Es preciso advertir al lector en este punto que la tarea de Proust no tiene como fin último una descripción minuciosa, sino que busca la correcta elección de las significaciones disponibles que entrañan un sentido y se vale de ellas para construir un texto que nos envíe, nos señale un punto de fuga que es precisamente esa parte del mundo que se quiere decir. Las extensas descripciones de Proust no buscan agotar la realidad, sino reestructurar las vivencias del sujeto en la carne del lenguaje, y para dicha sublimación el vehículo privilegiado es la *palabra*. El éxito de sus escritos reside en la correcta elección de las significaciones adquiridas para instituir una nueva significación.

Detengámonos en un último fragmento antes de finalizar el artículo. El pasaje que citaré relata el encuentro del joven Proust con una niña en el parque. En un análisis de este fragmento de la obra en que aparece Gilberte podríamos hablar acerca de dicha aparición, de un posible enamoramiento, y de muchas cosas más. Pero existe algo que comunican las palabras, su disposición articula un sentido y una vivencia, es decir, una idea sensible que Proust ha recogido del mundo y que no puede ser analizada, sino que tiene que ser expresada cómo lo ha hecho él. Este fragmento escapa, en última instancia, a cualquier análisis y dirá a cada lector algo más, algo que no puede ser dicho de otra manera, ya que está contenido en el ordenamiento de las palabras que dan cuenta de una parte del mundo. Cito dicho pasaje:

“De pronto me detuve, no fui capaz de moverme, como ocurre cuando una visión no se dirige solo a nuestras miradas, sino que requiere percepciones más profundas y dispone de nuestro ser en toda nuestra integridad. Una niña de un rubio rojizo que parecía volver de un paseo y llevaba en la mano una azada de jardinero, nos miraba, alzando su rostro sembrado de pecas rosas... Me quedé mirándola, al principio con esa mirada que no es otra cosa que el portavoz de los ojos, pero a cuya ventana se asoman todos los sentidos, ansiosos y petrificados, esa mirada que me querría tocar, capturar, llevarse el cuerpo que mira y con él el alma; luego... con un segunda mirada, inconscientemente suplicante, trataba de obligarla a fijar su atención en mí, ¡a conocerme!...

«Vamos, Gilberte, ven aquí; ¿qué estás haciendo?», gritó con voz penetrante y autoritaria una dama de blanco...

Así fue como pasó a mi lado aquel nombre de Gilberte, ofrecido como un talismán que tal vez hubiera de permitirme encontrar un día a aquella a la que

acababa de convertir en persona, y que, un momento antes, sólo era una imagen incierta”.³⁴

Está allí la pequeña Gilberte, la manifestación de su presencia es sublimada en la carne del lenguaje. La traducción del libro interior de la experiencia de Proust, de aquel momento en que se daba a sus ojos dicha presencia, puede ser asumida por medio de un gesto lingüístico: Gilberte. Ahora aquel nombre entrañaría a la niña de un rubio rojizo que tenía el rostro sembrado de pecas, aquel nombre contendría aquella vivencia. El lenguaje se tornó el vehículo de la experiencia a la expresión.

CONSIDERACIONES FINALES

Hasta aquí he intentado caracterizar el poder creativo de la palabra en la propuesta filosófica de Merleau-Ponty. La palabra ha sido presentada como gesto lingüístico que entraña un sentido que va siendo sedimentado con el paso del tiempo y que es capaz de instituir nuevas significaciones. El sentido que porta la palabra es de carácter existencial, nacido de manera contextual e instituido para nombrar un mundo. El misterioso poder del lenguaje reside en el dinamismo que lo caracteriza y le permite recrearse para nombrar el mundo en que se encuentra el sujeto.

Merleau-Ponty entiende que la verdad es inseparable del lenguaje, dicha expresión de la verdad está íntimamente relacionada con el concepto de “idea sensible” que se expresa por medio de la palabra. En futuros trabajos podremos adentrarnos en la puerta que hemos abierto aquí, ¿cuál es la relación entre lenguaje y verdad?

¹ MERLEAU-PONTY, M., *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, Paris, 1945, 213. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

² La utilización del término “fenómeno saturado” es absolutamente intencional. Dicho término es aquí comprendido tal como lo describe Jean-Luc Marion en su libro *Siendo dado*. Un posible fenómeno saturado es tipificado como *el idolo*, al que Marion caracteriza como un fenómeno en el que la intuición sobrepasa siempre el o los conceptos que se han propuesto para recogerla. Él considera el cuadro como el ejemplo privilegiado de este tipo de fenómenos saturados, sin embargo, explicita que esto puede ser trasladado a lo que consideramos generalmente como obra de arte. La obra de arte se da siempre como algo “sin concepto”, es decir, se manifiesta por medio de significaciones ya conocidas algo novedoso. Cf. MARION, J-L., *Siendo dado*, Síntesis, Madrid, s/f, 371-372.

³ MERLEAU-PONTY, *Phénoménologie de la perception*, 216. Las cursivas son del autor.

⁴ Cf. *Ibid.*, 213-216.

⁵ *Ibid.*, 218-219.

⁶ Cf. MERLEAU-PONTY, M., *Parcours deux 1951-1961*, Lonrai, Verdier, 2001; “Un inédit de Maurice Merleau-Ponty”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, no. 4 (1962), 401-409.

⁷ MERLEAU-PONTY, *Phénoménologie de la perception*, 221-222.

⁸ Cf. *Ibid.*, 224.

⁹ *Ibid.*, 222.

¹⁰ MERLEAU-PONTY, M., *La prose du monde*, Gallimard, Paris, 1969, 16. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

¹¹ MERLEAU-PONTY, *Phénoménologie de la perception*, 224.

¹² Cf. *Ibid.*, 227-228.

¹³ KRISTENSEN, S., “Valéry, Proust et la vérité de l’écriture littéraire”, *Chiasmi international*, no. 9 (2007), 337. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

¹⁴ CARBONE, M., *La visibilité de l’invisible. Merleau-Ponty entre Cézanne et Proust.*, Georg Olms Verlag, Zurich, 2001, 80. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

¹⁵ MERLEAU-PONTY, *La prose du monde*, 17.

¹⁶ MERLEAU-PONTY, *Phénoménologie de la perception*, 223.

¹⁷ MERLEAU-PONTY, *La prose du monde*, 22.

¹⁸ Cf. MERLEAU-PONTY, M., *Signes*, Gallimard, Paris, 1960, 56. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

¹⁹ *Ibid.*, 55.

²⁰ *Ibid.*

²¹ MERLEAU-PONTY, M., *Résumés de cours*, Gallimard, Paris, 1968, 41. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

²² Sobre la nociones de desvío (*écart*), traducción, y excedente, ver : WALDENFELS, B., “Fair voir par le mots. Merleau-Ponty et le tournant linguistique”, *Chiasmi international*, no. 1 (1999).

²³ MERLEAU-PONTY, *Signes*, 113.

²⁴ *Ibid.*, 112.

²⁵ MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l’invisible*, Gallimard, Paris, 1964, 157. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

²⁶ Cf. *Ibid.*, 193-194.

²⁷ *Ibid.*, 193.

²⁸ CARBONE, *La visibilité de l’invisible*, 61.

²⁹ Cf. KRISTENSEN, “Valéry, Proust et la vérité de l’écriture littéraire”, 338.

³⁰ MERLEAU-PONTY, *Résumés de cours*, 40.

³¹ CARBONE, M., *The thinking of the sensible. Merleau-Ponty’s A-Philosophy*, Northwestern University Press, Illinois, 2004, 19. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

³² PROUST, M., *À recherche du temps perdu. Du côté de chez Swann*. Première partie, Gallimard, Paris, 1946-47, 383. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

³³ PROUST, M., *À recherche du temps perdu. À l’ombre des jeunes filles en fleurs*. Troisième partie, Gallimard, Paris, 1946-47, 10-12. [Las traducciones al español de esta obra son del autor del artículo].

³⁴ PROUST, *Du côté de chez Swann*, 298-301.